

culados como están de la realidad, ajenos a ella, terminan por afirmar la negación, aquello contra lo que supuestamente pretendieron oponerse.

En *Pedro Páramo*, esta inversión aparece como signo determinante en la construcción del relato, contaminando todos los niveles, desde los personajes hasta el tiempo y el espacio. Cada sector de la narración invierte el contenido convencional de los valores, las creencias y los mitos, mostrando como auténtica la parte opuesta de su apariencia sacralizada y vaciándolos de su poder de salvación mediante este desplazamiento. La novela propone una moral contraria a la establecida precisamente porque representa una realidad distorsionada a causa de que los modelos que configuran un saber sobre el mundo perdieron su validez y sus funciones están invertidas: el paraíso es infierno, el poder es debilidad, el amor es pecado, la paternidad es abandono, la fe es culpa, la virtud es condenación, la historia es inmovilidad. La visión de Rulfo es la de una existencia social sin expectativas en la que los vínculos afectivos y sociales están degradados por el hecho de que esos principios han desaparecido, están mediatizados por el interés o la fuerza o cambiaron el significado. La presencia dominante de la muerte es la forma más idónea de presentar un mundo sin opciones regido por la arbitrariedad y asumido en términos de soledad absoluta. La indiferenciación entre la vida y la muerte es la traslación poética de un contexto inmediato regido por otras leyes extrañas a la lógica, donde todo está subvertido y sólo impera el absurdo. La recurrencia de unas cuantas imágenes de bienestar, que corresponden a una época abolida, significa que unos valores han desaparecido sin ser sustituidos por otros capaces de colmar ese vacío. En vez de nuevos códigos, la suplantación ocupa el lugar de los antiguos como forma precaria de suplir los deseos irrealizados. Razón de más para que la línea de conducta que define a los personajes no tenga ninguna consistencia y descubra el verdadero trasfondo moral que la ha motivado: la búsqueda de Juan Preciado para cumplir la promesa que ha dado a su madre esconde los móviles reales del viaje: la «esperanza», las «ilusiones», los «sueños»; la ambición de dominio de Pedro Páramo es el sustituto de su insatisfecho delirio amoroso; la pasión devastadora de Susana San Juan está inspirada en la ausencia de Florencio, un hombre muerto; las actividades celestinescas de Dorotea encubren su frustrado anhelo de maternidad; la fe del padre Rentería se sustenta en la duda de la misericordia divina.

Suplantación, mixtificación, inversión, temas que recorren la novela como subsidiarios de la dualidad y del desencuentro y como transposiciones de la vida mexicana escindida entre el movimiento y la permanencia, la necesidad de abrirse y la obstinación a permanecer cerrado, la violencia y la intimidación azorada.

## II

Las nociones de dualidad y desencuentro desarrolladas hasta aquí corresponden a una lectura *ideológica* de la novela, a mi entender imprescindible para captar la amplitud de su mensaje, así como para ubicarla en calidad de obra fundacional de una escritura que al problematizar la expresión y los contenidos de la tradición literaria recibida expandió su significado, inscribiéndolo en una dimensión temática de mayor amplitud y eficacia. A partir de esta constatación habrá ahora que precisar el modo cómo estas

mismas ideas están internalizadas en el texto mediante un detallado sistema de relaciones de homología y oposición sobre el que descansa todo el diseño de la narración. Como se advertirá más adelante, cada elemento puede contener una doble y opuesta significación o ser complemento de otro supuestamente diferente; lo importante en ambos casos es la forma como se relacionan e integran significados contrarios para producir unidades de sentido más generales y complejas. De este modo, la estructura de la novela se organiza sobre funciones de complementación cuyas leyes van más allá del acto de asociar unas historias con otras y articularlas con los segmentos que las representan, su dinámica está en otro nivel menos inmediato y consiste en unir las semejanzas u oposiciones semánticas de entidades narrativas distintas para ofrecer una imagen coherente de un universo desintegrado. Esta coherencia resulta, entonces, de un orden simétrico basado en la fusión de elementos contrarios pero equivalentes que está representado por medio de la analogía que guardan los conceptos de dualidad y desencuentro.

Son en principio términos independientes por estar ligados entre sí (uno es producto del otro) y emitir significados similares. La dualidad está fundada en una antítesis que resulta de contener un mismo código propiedades contrarias o de establecer la oposición entre dos o más códigos diferentes para lograr un efecto de complementación: la violencia y el lirismo de Pedro Páramo; o el contraste entre su extroversión y el ensimismamiento de Susana San Juan; otro caso son los dos sueños de Dorotea, uno «bendito» y otro «maldito», y las búsquedas coincidentes de ella, que persigue un hijo inexistente, y de Juan Preciado, que busca a un padre que está muerto. En estos ejemplos, un mismo personaje está formado por dos planos opuestos, al mismo tiempo que estos rasgos, o bien ciertas acciones arquetípicas, se conjugan con otros personajes de características contrarias. Lo común es que estas relaciones mantienen como regla constante la simetría. El desencuentro, a su vez, se plantea como la búsqueda afanosa de la mitad ausente para integrar la unidad perdida, pero que sólo conduce al fracaso, al desconocimiento del Otro: Juan Preciado no encuentra al Padre, pero tampoco éste consigue conquistar a la Amada.

En ambos términos, la *ruptura* es el rasgo dominante que impide la continuidad y desintegra a los personajes por sufrir un conflicto de identidad y por carecer de verdaderos vínculos afectivos que los relacionen sin estar de por medio el dinero o la fuerza. La dualidad implica, en este caso, el antagonismo de dos elementos que no consiguen armonizarse e imponen, por consiguiente, una visión dividida de la realidad. En consecuencia, el desencuentro es una extrapolación de este desgarramiento pues al existir una ruptura interior, ésta se traduce en la imposibilidad de lograr la unión con los demás y la identificación con el otro, que nunca se podrá encontrar o alcanzar porque la vida se levanta sobre la rotunda afirmación de la negación: Dolores Preciado no vuelve más a Comala; Susana no ama a Pedro Páramo; Juan Preciado «busca a alguien que no existe»; Dorotea «nunca tuvo ningún hijo»; Eduviges, no obstante su bondad, no es perdonada; el padre Rentería no recibe la absolución; Gerardo Trujillo no es recompensado por su fidelidad ni Abundio encuentra la caridad que implora; la gente que todavía vive en el pueblo no «está en gracia de Dios».

Así que la nostalgia por la unidad es el recuerdo del Paraíso en sus diferentes

versiones: es la «llanura verde», la niñez y la época de los pájaros, los «limones maduros» y el mar que evocan Doloritas, Pedro y Susana; y el paisaje seco, hostil y tenebroso en que se ha transformado el erial es la transposición de un fatalismo que ocupa el antiguo lugar de las creencias y los afanes. La visión infernal surge con la aniquilación de un orden que desapareció sin cumplir con ninguna de sus promesas. En vez de los ideales, otros valores irrisorios dominan la comunidad imponiendo un régimen de principios diferente y otra concepción de la vida: la inocencia, el amor, la bondad y la fe ceden ante la corrupción, el machismo, la injusticia y la culpa introducidos por la preponderancia de Pedro Páramo. El espacio seráfico degenera en un sitio estéril donde se cometen robos, traiciones, violaciones y crímenes arteros como actos desesperados de poseer lo que está por encima del poder, en la zona de lo indescifrable:

«A centenares de metros, encima de todas las nubes, más, mucho más allá de todo, estás escondida tú, Susana. Escondida en la inmensidad de Dios, detrás de su Divina Providencia, donde yo no puedo alcanzarte ni verte y adonde no llegan mis palabras» (pág. 22).

El desconocimiento mutuo, porque Susana también ignora a Pedro, como éste a las mujeres que ha poseído y a sus hijos, con excepción de Miguel, es el motivo central que impide el reconocimiento del Otro y deja sin objeto el impulso inicial de la búsqueda. Sin que la corone el hallazgo al final sólo está la confirmación de la pérdida y de la soledad. El desencuentro de Pedro con Susana es una clave simbólica que funciona como arquetipo para todas las demás historias de búsqueda y frustración. Ninguno de los personajes encuentra nada porque el desconocimiento propio y el ajeno les impide la comunión, además de que no hay posibilidades de integrar lo que ya está roto para establecer, por lo menos, una apariencia de comunicación. Desaparecida la utopía, el presente ha destruido los orígenes y, en consecuencia, ningún reconocimiento es posible. Por eso los personajes experimentan con toda intensidad la sensación de estar expulsados habitando un mundo desconocido que no les pertenece y al que fueron arrojados por la fatalidad de su destino desdichado: Dolores muere añorando regresar a Comala; Juan Preciado no reconoce el pueblo que le ha descrito su madre; Pedro Páramo encuentra en la niñez el refugio que lo aísla de su propio imperio de brutalidad; Susana San Juan recrea una y otra vez unos pocos momentos de placer; Dorotea sigue fiel a la creencia de que alguna vez tuvo el privilegio de la maternidad y lo perdió.

Las ilusiones incumplidas, que aquí son formas de sublimación del deseo, cambiaron a Comala en infierno, y al Padre, única fuerza capaz de hacer viables esos anhelos, en un hombre destructivo cuya máxima dualidad empieza por el contradictorio nombre que lo define: la piedra y el páramo, la fundación y el desierto; y se prolonga en la misma denominación del poder que ha edificado: la *Media Luna*. Esta dicotomía que escinde la naturaleza de la autoridad, trocando la magnanimidad paternal en barbarie, es la causa principal que invierte todos los códigos de la narración, principiando por la falta de concordancia entre los nombres de los personajes y su verdadera condición: Abundio (de abundancia) es un miserable arriero; Dolores Preciado es despreciada; Inocencio es un perverso de mujeres;